

# La Iglesia en un Chile pluralista: el valor de la persuasión

Enrique Barros\*

Una actitud de genuina humildad y amor, y no acreedora de reconocimiento por derecho propio, es el camino más fértil para desplegar la tarea de auténtica evangelización de los espíritus, en una sociedad crecientemente indiferente e individualista.

El pluralismo es una fuerza instrumental a la verdad, porque nos hace entender las muchas caras del bien y, en el extremo, nos obliga a justificar nuestras pretensiones morales.

El pluralismo se muestra en la manera como experimentamos la convivencia en las sociedades liberales contemporáneas. Es una forma de la realidad social y se expresa en la naturalidad con que aceptamos creencias, formas de vida e ideas religiosas divergentes. Su cara jurídica y política son las libertades públicas de conciencia y opinión, y la democracia representativa.

Frente a esa realidad, la Iglesia ha tomado diversas actitudes.

La primera, adoptada en el siglo XIX, se tradujo en descalificar lo que entonces se llamó “modernismo”. Esa perspectiva considera que el mayor riesgo para la fe es la contaminación de la doctrina por el reino de la duda, donde todas las certezas se evaporan.

Sin embargo, ahora que el pluralismo ha pasado a ser un dato estructural en la constitución de las sociedades democráticas, surge una segunda actitud, adecuación de la anterior: los católicos, aun aceptando que son un subconjunto (posiblemente no el más significativo) en el todo social, deben conservarse “puros” de la contaminación de un medio ambiente que ha destrozado las certezas.

Una alternativa consiste en pretender la transformación en ley civil de los postulados morales más fuertes de la Iglesia, para que la ley estatal sea en lo posible un reflejo cercano de su enseñanza moral, negando de ese modo instrumental los supuestos de una sociedad pluralista.

Es legítimo impulsar que la ley civil asuma principios básicos —como el respeto a la dignidad humana— pero esa actitud adquiere en su extremo un sesgo fundamentalista, pues niega la diferencia entre la sociedad política y la civil. A fin de cuentas, esta actitud asume como desviado el principio práctico de la tolerancia, en vista que este supone que el poder estatal acepta la neutralidad religiosa y reconoce libertades que pueden entrar en conflicto con la doctrina.

Finalmente, un cuarto camino es asumir que la sociedad pluralista puede ser influida desde dentro: sin dejarse dominar en sus

\* Abogado, profesor de Derecho Civil, U. de Chile.



El gran desafío que se plantea al católico es precisamente la disposición a aprender de la experiencia y a renunciar a la imposición, por la fuerza de la ley, de un concepto exhaustivo del bien.

convicciones, los católicos pretenden intervenir internamente como agentes de cambio de las costumbres y de los valores, respetando la estructura pluralista de la sociedad.

## PLURALISMO EN LA IGLESIA

El planteamiento anterior, con toda su ruda simplicidad, podría ser aceptado como esquema analítico si la cuestión del pluralismo no penetrara mucho más profundamente, incluso en el modo mismo de vivir la fe.

No sólo se plantea la pregunta acerca de cómo enfrentar nuestra relación con el mundo exterior. Anterior, y más importante—porque se refiere a la propia identidad como católicos— es la pregunta por el pluralismo al interior de la Iglesia. Por eso, también conviene afinar el significado de la cuestión del pluralismo intraeclesial.

Desde antiguo han existido distintas maneras de vivir la fe. Se suele hablar de los múltiples carismas, que invocan devociones particulares que permiten acercarse existencialmente al Misterio de diversas maneras, o bien que acentúan aspectos del mensaje evangélico. Ello es especialmente explicable en una sociedad pluralista, donde la experiencia y necesidad de Dios se plantea de maneras tan distintas. Gran parte de la riqueza de la Iglesia radica precisamente en los distintos caminos de espiritualidad que abre al creyente y al que siente la necesidad de creer.

En verdad, una religión con pretensiones explícitas de universalidad no puede sino abrir las puertas a distintas manifestaciones de la experiencia religiosa. La expansión de la fe hacia culturas diferentes requirió en su momento una traducción del dogma y de la liturgia a distintos lenguajes. Cuando la diferencia se introduce al interior de la sociedad, es del todo natural que ello también se transforme en una manera plural de experimentar la fe.

Con todo, el pluralismo no se agota en la forma de la experiencia religiosa.

La pretensión más profunda del cristianismo es la invocación de la conciencia. Pero la conciencia en una sociedad pluralista se articula de maneras que son distintas a las propias de una sociedad tradicional, que parte de premisas indiscutidas. Por lo mismo, la tolerancia tiene también el elemento interno de asumir la fe en un mundo donde dejó de ser evidente que ese era el camino necesario para tener una buena vida. En otras palabras, el mayor cambio en el mundo moderno es que la fe, incluso al interior de la Iglesia, no pertenece al mundo objetivo de lo que es indiscutiblemente compartido. Por eso, entre quienes profesan el mismo Credo, la conciencia moral y religiosa tiene una pretensión de autonomía y de espontaneidad que difícilmente puede ser subsumida en una doctrina demasiado estructurada.

## DESAFÍOS Y CAMINOS EN LA SOCIEDAD PLURAL

No es extraño que el pluralismo plantee a los católicos desafíos más fuertes que a cualquiera otra religión.

Los católicos no sólo participamos de una Iglesia que dispone de una escritura sagrada, sino también de una organización política y de un estatuto jurídico que tiene la pretensión de regir las relaciones intraeclesiales.

En las actuales circunstancias, requiere de particular prudencia y humildad el ejercicio de las funciones de gobierno y orientación eclesial, porque, como nunca antes, la irreductibilidad de la conciencia ya no es sólo un postulado teológico, sino una realidad social creciente. Ello se expresa, por ejemplo, en la reticencia de la gente a que la ley sancione conductas que se tienen por radicadas en la conciencia personal. Ello se muestra dramáticamente en estudios de opinión que evidencian, por ejemplo, que los católicos valoran el matrimonio, pero son mayoritariamente partidarios de que haya una ley de divorcio.

## NO COMPETIR CON OTRAS FUERZAS MORALES

El desafío está dado por la estructura implícitamente rawlsiana de la forma de pensar de las sociedades liberales contemporáneas, incluida la chilena, donde la convivencia está dada por principios muy básicos de justicia y libertad, que deben resultar compatibles con diversas maneras de concebir una buena vida.

Por otro lado, es también formidable la valoración del pluralismo como institución social.

La gran diferencia actual entre parte del mundo musulmán y el cristiano no sólo reside en la aceptación de la diversidad, sino en la valoración de ella como un bien que enriquece a la sociedad que la practica. En este orden de cosas, el gran desafío que se plantea al católico es precisamente la disposición a aprender de la experiencia y a renunciar a la imposición, por la fuerza de la ley, de un concepto exhaustivo del bien. Para ello, pareciera necesario –como nunca– centrar la identidad en la unidad sacramental y el mensaje salvífico.

Para participar legítimamente en el juego pluralista, se requiere apelar a la conciencia de las personas y estar abierto a la discusión razonada. El cristianismo siempre ha tenido a la razón como un medio maravilloso para discernir la verdad. Por eso, la tradición del derecho natural no consiste en un código de reglas minuciosas, como desgraciadamente suele aparecer hoy, sino en la afirmación de una realidad moral, que es una práctica de discernimiento sobre la base de la experiencia y la razón.

Del mismo modo, como no existe una sociedad que pueda autodefinirse como integralmente justa, tampoco existe una doctrina que pueda pretender el agotamiento del razonamiento moral. Por algo, la legitimidad democrática y los principios del Estado de Derecho son eminentemente formales y procedimentales: son un camino para que se adopten decisiones públicas y un marco para que desenvolvamos nuestras vidas, sin asumir otro concepto de verdad que el de la dignidad de las personas. En otras palabras, aun aceptando la existencia de una realidad moral, el pluralismo es una fuerza instrumental a la verdad, porque nos hace atender a las muchas caras del bien y, en el extremo, nos obliga a justificar nuestras pretensiones morales.

Por otra parte, aun en una sociedad pluralista, nuestro juicio moral está sumergido tras una experiencia común que no necesitamos justificar, porque, a la larga, cada época desarrolla conceptos morales que sin mayor reflexión son asumidos como naturales.

Aquí radica un riesgo que no pertenece *per se* al pluralismo, pero que de alguna manera se le puede vincular de modo amenazante.

Una sociedad pluralista puede transitar hacia formas de nihilismo si asumimos que el estatuto político y social que cautela la tolerancia, puede derivar en un radical escepticismo acerca del sentido de la pregunta por el bien. Así se puede entender la advertencia del entonces cardenal Ratzinger frente al “totalitarismo del relativismo”, en la medida en que se consolide una cultura donde la experiencia religiosa y el discernimiento moral carecen de sentido socialmente aceptado. Para el cristiano, sin embargo, la pregunta por una buena vida puede ser abierta, pero es siempre constitutiva de su personalidad moral. En verdad, la mayor fertilización que la cultura pluralista puede recibir del cristianismo es transmitir la esperanza de que esa pregunta sobre la buena vida tiene un sentido trascendente, aunque su contenido concreto debe ser objeto de reflexión y discusión.

El cristiano no tiene por qué competir con otras fuerzas morales de la sociedad pluralista.

El espíritu evangélico de comunidad no lleva implícita una doctrina económica o política determinada, pero sí una disposición del espíritu hacia el prójimo y hacia Dios. Lo verdaderamente distintivo es que esta vida está abierta al absoluto (Rahner). En un ambiente pluralista, con todo, el instrumento de comunicación de la Iglesia no es la potestad sino la persuasión. En una sociedad de ese tipo, las instituciones religiosas tienen la tendencia a devenir en asociaciones voluntarias, simplemente porque para las personas siempre están abiertas las alternativas de no profesar credo alguno o de asumir uno distinto al de los padres (P. Berger). Por lo mismo, el papel de los laicos parece ser determinante; y ello no es el resultado de una

Para participar legítimamente en el juego pluralista, se requiere apelar a la conciencia de las personas y estar abierto a la discusión razonada. El cristianismo siempre ha tenido a la razón como un medio maravilloso para discernir la verdad.

concesión de la autoridad espiritual, sino simplemente porque esa es la realidad. En tal sentido, Vaticano II simplemente asumió el espíritu del tiempo al llamar a hacer vivo el mensaje cristiano en la sociedad en que vivimos, esto es, a inculturar el evangelio.

El universalismo laicista, que promueve la absoluta neutralidad de lo público, puede ser entendido como una reacción a las pretensiones de las confesiones cristianas de transformarse en expresión excluyente de la unidad social. El laicismo militante es el precio pagado en muchas sociedades por esas pretensiones de poder que resultan incompatibles con el pluralismo social y religioso. En este respecto conviene tener presente que la sociedad chilena conoce grados razonables de secularización, porque, si bien es tolerante y crecientemente asume la diferenciación de la ley civil, abre espacios para que la Iglesia participe en tareas públicas –incluso con financiamiento estatal–, en los terrenos educacional, cultural y social.

Una actitud de genuina humildad y amor, y no acreedora de reconocimiento por derecho propio, es el camino más fértil para desplegar la tarea de auténtica evangelización de los espíritus, en una sociedad crecientemente indiferente e individualista.

Entre los polos del clericalismo y del agnosticismo militante hay que contribuir a crear un amplio campo para despertar lo más esencial de la sensibilidad cristiana, en los ámbitos de la familia, del servicio público y de las costumbres. En otras palabras, la deriva escéptica no es el resultado necesario de la aceptación del pluralismo, sino un desafío para mostrar que el camino de una fe razonable y de la experiencia salvadora de Jesucristo es necesario en la soledad existencial de nuestro tiempo.

En una sociedad pluralista, como la que progresivamente ha llegado a ser la nuestra, sólo se participa legítimamente en el discernimiento público en la medida en que se toma conciencia de que la lógica de la fe no es la del poder. **MSJ**